indelebles y un colorido que realza los objetos, una imagen voluptuosa; imagen que ofusca al alma, se apodera de ella, y algún día la inducirá al pecado".

XIV. 3er pretexto: no corro peligro.

Lo que acabáis de oir acerca de una virtud tan delicada, puede aplicarse igualmente á la integridad de la fe. En vano se jactan algunos, de que la lectura de obras impías é inmorales no les hacen mella. Presunción funesta, condenada á la vez por la Iglesia, columna y fundamento de la verdad, por la experiencia de todos los siglos y por el buen sentido más vulgar.

Tal vez creáis, lectores inconsiderados de la mala prensa que la Iglesia, al apartar de vuestras manos los escritos malos, defiende su propia debilidad, como si temiese el valor intelectual de sus enemigos, ó como si dudase del poder de su fé. No es así; á vosotros os protege, pues sabe que muchos carecéis de la instrucción necesaria para descubrir y refutar los sofismas de los incrédulos. Conoce, sobre todo, cuán frágil y vacilante es vuestra virtud, y que el menor incentivo de las pasiones desordenadas, halla eco en vuestros corazones.

¿No ha visto desde su origen inteligencias superiores seducidas por el error? ¿no ha visto las almas más virtuosas sucumbir ante el atractivo de obras lascivas? Aquellas víctimas de libros emponzoñados, eran cristianos escogidos, sacerdotes instruidos, y á veces, hasta pastores venerables encanecidos en el servicio del santuario. ¡Alerta pues, almas presuntuosas! El libro tiene más astucia, y más poder de lo que vosotros pensáis.

Se ha dicho con sobrada razón: una cosa es conocer la religión para practicarla con sencillez y obediencia, y otra conocerla bastante para discernir el error, y responder á las objeciones presentadas con la astucia de la mentira. Lo dicho puede aplicarse particularmente al periódico; pues como tiene la palabra todos los días, acaba por triunfar de los principios, de los sentimientos y de

la resistencia de sus abonados. Vuelve sin cesar á la carga, se aprovecha de todas las circunstancias, ó las inventa si al caso vienen, con tal de llegar á sus fines. Sabe presentar los hechos y aun desnaturalizarlos, para salir con la suya.

Si en este incesante comercio con la literatura maléfica no se apaga la fe, necesariamente se altera y debilita. Con tal atmósfera, se enerva el temperamento cristiano más robusto. Los lectores de libros y periódicos malos, se ven arrastrados por un impulso más fuerte que su voluntad y sus intenciones. Al principio se sublevan, luego se apaciguan, vacilan, y acaban por rendirse. Entonces los llevan á remolque, por decirlo así, los escritores hostiles que obedecen á la consigna lanzada largo tiempo ha, y ejecutada con infernal perseverancia. "*No se trata sólo de refutar al catolicismo, sino de extirparlo; no sólo de extirparlo, sino de deshonrarlo; no sólo de deshonrarlo, sino de ahogarlo en el lodo.*"

XV. 4.º Pretexto: es necesario saber todo lo que pasa.

En la sinceridad de su corazón, los cristianos ilustrados reconocen el peligro de las malas lecturas, y rinden homenaje al celo de los pastores que las condenan. Existen sin embargo algunos que, inconsecuentes consigo mismos, se dejan dominar por la curiosidad, la fuerza de la costumbre y las prevenciones del mundo. Es menester saber lo que pasa, dicen, prestar oido á los adversarios; en un siglo de discusión como el nuestro, no es posible ser intolerante.

Muy bien, pero nos parece que se puede saber perfectamente lo que se dice, lo que pasa, sin pedir informes á nuestros enemigos, sin mezclar con el relato de los hechos y la discusión de los principios, todos los errores, locuras y extravagancias de espíritus predispuestos en

contra nuestra. ¿Desde cuando es necesario sumergirse en las tinieblas para distinguir la luz, y absorber veneno para distinguir los buenos alimentos? Pretender aprender la verdad en la escuela de la mentira, es locura, y sin embargo tal es la pretensión de los que como dicen ellos mismos, leen *el pro y el contra.* He aquí de donde proceden, no hay que dudarlo, tantas ideas erróneas, tantas prevenciones mezquinas, tantas apreciaciones injustas de las cosas más legítimas, é indiscretas aprobaciones de las más reprensibles; y esto en hombres por otra parte adictos á la Iglesia.

XVI. 5º Pretexto: La tolerancia moderna.

En cuanto á la acusación de intolerancia que se nos dirige, con motivo de haber condenado las malas lecturas, Nos respondemos con una sola palabra: *Todos somos intolerantes en cuanto se trata de nuestra defensa y seguridad.* Somos intolerantes para con los elementos destructores: animales dañinos, epidemias, agresores que nos amenazan. Para nosotros, las malas lecturas representan en el orden moral la mordedura de la serpiente y el contagio de la peste. Después de lo dicho, convenimos sin dificultad en que se pueden tener razones legítimas de leer publicaciones prohibidas, en casos excepcionales; el interés de la ciencia, los deberes de la posición, y la misma defensa de la Iglesia, imponen esta necesidad á ciertos hombres. Nos hemos previsto el caso, y á este propósito recordaremos las disposiciones de nuestros Estatutos diocesanos:

"Si aconteciere que los fieles, en vista de las necesidades de la ciencia ó de las exigencias de su posición, se viesen obligados á leer ó recorrer un libro, un diario, una publicación periódica contrarios ó perjudiciales á la fe ó á las costumbres, pedirán la autorización del Obispo por conducto de su párroco ó de su confesor. Sin embargo, tratándose de un periódico malo, el párroco ó el confesor podrán permitir su lectura por tiempo limitado."

"Tal permiso no se concederá sino por motivo justo, y á personas discretas y firmes en la fe; pero nunca tratándose de escritos obscenos publicados con intento de provocar las pasiones vergonzosas."

La Santa Sede hace, á este propósito una advertencia importante: "Los que tengan permiso de leer obras prohibidas, no perderán de vista que están obligados, bajo pena de culpa grave, á guardarlos de modo que no puedan llegar á otras manos."

XVII. Conclusión.

Dejemos pues esos libros, esos periódicos y obras nefandas que oscurecen el criterio cristiano, corrompen el corazón y despiertan los más perversos instintos de la naturaleza degradada. Son origen de grandes males y no pueden hacer bien alguno. Guardémonos sobre todo de favorecer, por medio pe subscripciones las revistas periódicas, que atacan á la religión y moral cristiana. La subscripción, por familiarizarnos con ellas, las hace más peligrosas. Seriamos además responsables de los estragos causados en las almas, contribuyendo á ellos con el dinero y el ejemplo.

¿Qué necesidad tenemos de ir á buscar en las publicaciones emponzoñadas el alimento del espíritu y del corazón, cuando lo encontramos en escritos mil veces mejor inspirados? A veces se oyen quejas por la escasez de buenos libros; prevención es ésta que se desvanece ante los hechos. *No son los libros lo que falta á los lectores, sino lectores para los libros buenos.* En todos los tiempos ha contado la lengua cristiana con incomparables obras maestras; el siglo que acaba de terminar, vió desarrollarse una literatura brillante y rica, inspirada por el espíritu católico. No se diga que los periódicos y escritos que defienden á la Iglesia son inferiores á los demás, en cuanto á los informes, al movimiento de los negocios y al progreso material. Historia, artes, letras, ciencias, asuntos sociales y económicos, tienen, entre

nuestros escritores, los más autorizados representantes. Dirijámonos á nuestros apologistas y defensores para instruirnos é instruir á los demás; porque no basta, para cumplir con nuestro deber en la época actual, que leamos nosotros las obras inspiradas en el espíritu cristiano, si no difundimos en torno nuestro su conocimiento. Así el buen libro como el buen periódico son apóstoles del bien; su influencia es tanto más necesaria y preciosa, cuanto menos se frecuenta la casa de Dios y menos se escucha su palabra. Opongamos á la propaganda desenfrenada de la mala prensa, una propaganda contraria, activa, constante é infatigable. Combatamos al enemigo con sus propias armas, y hagámoslo con la intrepidéz y abnegación dignas de la santa causa que defendemos.—Dado en Tournay, el 17 de Octubre de 1902. —Carlos Gustavo, Obispo de Tournay.

Nada nos queda, después de lo dicho por este esclarecido Príncipe de la Iglesia en su Carta pastoral, sino encareceros su lectura.

Y para que no os limitéis á escucharla en el templo á donde acudís á oir la Santa Misa, sino que la meditéis en casa y la hagáis leer á vuestros amigos y conocidos, y muy principalmente á aquellos que sepáis que acostumbran leer libros malos ó periódicos no católicos, hemos dispuesto que se haga de este documento una edición copiosa para que los Señores Párrocos den un ejemplar á todo el que lo pidiere.

Concedemos además cuarenta días de indulgencia por cada vez que se lea, ú oiga leer ó se consiga que otros lean uno de los dieciseis números ó artículos en que está dividida esta pastoral.

Ordenamos finalmente que esta Carta se lea en todos los templos de la Diócesis á la hora de costumbre, dividida en tres partes, una en cada uno de les tres domingos siguientes después de recibida.

Os enviamos, amados hermanos é hijos nnestros, la

bendición pastoral en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Dada en León, el 8 de Septiembre de 1903.

✠ **Leopoldo,**

Obispo de León.

Por mandato de S. S. I.

Angel Martínez,

Srio.

003598

003